

la abundancia, sino el desprecio de los bienes... El héroe fué fuerte contra la desgracia, magnánimo en el perdón de las injurias é intrépido en presencia de la pobreza, de las enfermedades, de las persecuciones. „El siglo presente, dice el infortunado Campanella, clava á sus bienhechores en la cruz; pero los venideros les harán justicia.„ (1). ¿Lo ois? Los mártires reclaman justicia y no compasión, y nosotros quisiéramos saber cómo se honra á las víctimas sin condenar á los verdugos. Entre estos verdugos no contamos solamente la Inquisición, sino también á los que insultaron la desgracia. Scioppius, el luterano apóstata, que hubiera sido digno de sentarse en el Santo Oficio, al escribir la relación de la muerte de Bruno, de que fué testigo ocular, halló medio de hacer agradables agudezas que recomendamos á nuestros periódicos ortodoxos. Bruno, ya lo hemos dicho, creía en la pluralidad de mundos y se gozaba en viajar á través de la inmensidad de los espacios. Sobre esto dice Scioppius: „El desdichado ha muerto entre las llamas; creo que habrá ido á contar á esos otros mundos que había inventado cómo tratan los Romanos á los impíos y blasfemos.„ (2).

No sabemos si en esos otros mundos se ocupan de Roma y los Romanos, pero podemos asegurar á Scioppius y sus semejantes que en el nuestro no se olvidará jamás el 17 de Febrero del año 1600. El día de la expiación se acerca, el acta de acusación se levanta, y en caracteres de sangre se leerá que la Iglesia, para mantener su dominación, inmolaba los libres pensadores. No haríamos á Scioppius el honor de citarle si él solo fuera el culpable. Todos los celosos de su reputación ortodoxa se creen obligados á denigrar á los libres pensadores. Vivía en el siglo XVII un padre mínimo que seguía correspondencia con Descartes. ¿No debía comprender un cartesiano que las hogueras son muy mal medio de corregir los errores de los filósofos? Pues hé ahí lo que escribía: „Este malvado tendría excusa si se hubiera contentado con filosofar sobre un punto; pero como ha ido más allá atacando la religión cristiana, no deja de ser razonable el difamarle como uno de

los hombres más malos que han pisado la tierra.„ (1). ¡Qué estrechez de espíritu y qué encono en el odio! No nos quejemos de estas groseras injurias, que son la condenación de la Iglesia. En cuanto á los libres pensadores, honrarán á Bruno como á uno de sus mártires, no con genuflexiones y con velas, sino imitando su digno valor... Ya no hay hogueras para los filósofos; pero tienen que llenar un deber más difícil quizás que desafiar la muerte; hacer que su vida sea la expresión de su doctrina. ¡Inspirémonos en el heroísmo de Bruno, seamos como él apóstoles del libre pensamiento, y para ser dignos de este apostolado, no retrocedamos jamás ante la manifestación de nuestras convicciones!

II.— Vanini (2).

Vanini es uno de esos incrédulos italianos que prodigan testimonios de respeto al cristianismo, al mismo tiempo que le atacan y desprecian. La más sospechosa de sus obras, *Los secretos admirables de la naturaleza, reina y diosa de los mortales*, fué aprobada por dos doctores de la Sorbona, sin reserva alguna; declaran los censores que nada han encontrado en ella contrario ó repugnante á la religión católica, apostólica y romana, y que la consideran aun como obra llena de ingenio y muy digna de ser leída por el público. No salimos garantes de la ortodoxia de Vanini, y menos participamos de sus creencias; sólo, si, condenamos el fanatismo que le llevó á la hoguera. Cousin ha publicado la sentencia pronunciada contra el filósofo italiano por el parlamento de Tolosa. „El tribunal declara á Vanini convicto de ateísmo, blasfemias é impiedades; en castigo y reparación de tales crímenes, condena al dicho Vanini á ser entregado en manos del ejecutor de la alta justicia, el cual le llevará sobre una carreta, en camisa, llevando á la espalda un cartel que contenga estas palabras: *Ateo y blasfemo del nombre de Dios*; le conducirá ante la puerta principal de la iglesia metropolitana de San Esteban, y allí, estando de rodillas, con la cabeza y los pies desnudos, teniendo en sus manos una hacha de cera, pedirá perdón á Dios, al

(1) MERSENNE, *Contra la impiedad de los teístas, ateos y libertinos de este tiempo*, Paris, 1624, p. 229, 234.

(2) La carta de Schopp (SCIOPPIUS) está traducida en el Estudio de M. Cousin sobre VANINI.

(2) COUSIN, *Vida y escritos de Vanini* (Revista de Dos Mundos, 1843, t. IV).

rey y á la justicia de tales blasfemias: después le conducirá á la plaza del Salin, donde, atado á un poste que al efecto estará preparado, le cortará la lengua y le estrangulará; después será su cuerpo quemado en la hoguera, que estará también preparada, y sus cenizas aventadas.„

La impiedad, por lo que ella es en sí, no es un crimen. ¡No se escandalicen los ortodoxos de esta proposición! Les recordamos que los primeros cristianos fueron tratados por los paganos como *ateos y blasfemos*, absolutamente lo mismo que Vanini. La impiedad es un delito imaginario, ¿qué digo? Puede ser la expresión de la verdad, porque los cristianos tenían indudablemente de Dios una idea más elevada que el común de los Gentiles. Si la impiedad conduce á la inmoralidad, si se traduce en actos reprobables, que se le aplique las leyes penales. La sentencia dictada contra Vanini no precisa ningún crimen; sólo como ateo fué condenado al horrible suplicio que acabamos de describir. ¡Cosa horrible! no se puede ni aun afirmar que el desgraciado fuese ateo. ¡Hay en el Anfiteatro una oda á Dios que Herder ha traducido para sonrojo de los perseguidores! En otras obras, Vanini profesa un panteísmo de la peor especie; confunde á Dios con el mundo, no encerrándole, como Espinosa, en todas las partes del mundo, sino haciendo de éste un ser eterno, que vive de su propia vida, un Dios. El filósofo italiano tenía pasión por la propaganda, y predicó, según se dice, á los escolares en plena calle su panteísmo. Acúsasele de haber profesado que el amor y el temor de Dios eran pura fantasía é ignorancia del pueblo, que era necesario abandonar todo temor ó esperanza de una vida futura, que el prudente debía vivir á su sabor, debilitando y derribando la religión de su país, pero sin comprometerse. Con el designio de que se vean en toda su pobreza las excusas de sus perseguidores, ponemos aquí todo lo malo que se ha dicho de Vanini. Aun suponiendo probadas todas estas acusaciones, hoy no se encontraría delito en ellas, ni siquiera una infracción de policía. Leibnitz dice que Vanini merecía haber sido encerrado hasta que hubiese sido más prudente. Pero como la imprudencia no es un crimen, ¿qué queda del odioso procedimiento del parlamento de Tolosa, de ese parlamento que un siglo más tarde condenó á los Calas? Queda un crimen, el de los jueces. Vanini murió como un filósofo. *El Mercurio de Francia* le

hace esta justicia: „Vanini, dice, murió con una constancia, paciencia y voluntad nunca vistas.„ Al salir de la conserjería, contento y alegre, pronunció estas palabras en italiano: *Vamos alegremente á morir como un filósofo.„* Léese en el proceso verbal de la ejecución que el buen religioso que le asistía intentó conmovérle, „enseñándole el crucifijo y mostrándole los sagrados misterios de la encarnación y pasión admirable de Nuestro Señor.„; pero que „este tigre, rabioso y tenaz en sus falsas máximas, lo despreció todo y no quiso ni mirar ni oír.„. Nosotros preguntamos: ¿quién estaba en lo cierto, el buen religioso que hablaba de misterios imaginarios, ó el filósofo ateo que los negaba? Sin embargo, en nombre de la pretendida verdad revelada fué Vanini condenado á un horrible suplicio. Lo más espantoso de esta tragedia no es precisamente el suplicio del libre pensador, sino el fanatismo cruel de los jueces. Vamos á transcribir el relato del presidente del tribunal, para que los hombres del siglo XIX sepan hasta qué punto la intolerancia embrutece á los creyentes:

„Yo le he visto, cuando en la carreta se le conducía á la horca, burlarse del franciscano que se esforzaba en ablandar la ferocidad de esta alma obstinada. Rechazaba los consuelos que le ofrecía el monje, rechazaba el crucifijo, é insultó al Cristo diciendo: „Él, en su última hora, sudó de espanto; yo muero sin temor.„ Se equivocaba, porque le hemos visto, abatida el alma, desmentir esa filosofía de la que pretendía dar lecciones. En los últimos momentos era su aspecto feroz y horrible, su alma estaba inquieta, llena de turbación su palabra, y aun cuando gritara de tiempo en tiempo que *moria como un filósofo*, murió como un bruto. Antes de encender la hoguera, se le ordenó entregar su lengua al cuchillo: resistió. Fué necesario emplear tenazas para sacársela; y cuando el hierro del verdugo la asió y cortó, jamás se oyó grito más horrible; *hubiérase creído oír el mugido de un buey herido de muerte.„*

Escuchemos las reflexiones que hace Cousin sobre este relato: „En verdad que lo que aquí nos penetra de horror, más quizás que el suplicio de Vanini, es la manera como Gramond lo cuenta. ¡Pues qué, un infortunado, culpable de resolver el problema del mundo á la manera de Aristóteles más bien que á la de Platón, es torturado á placer antes de ser estrangulado y quemado, y porque va-

cila en prestarse de *motu proprio* á un refinamiento de crueldad, un hombre *piadoso*, un magistrado, un primer presidente de parlamento, escribiendo cómodamente en su gabinete, completamente á sus anchas, le trata de cobarde! ¡Y si el dolor ó la cólera arranca un último grito á la víctima, compara este grito al mugido de un buey cuando se mata! ¡Justicia impía! ¡Sanguinario fanatismo! ¡Tiranía á la vez odiosa é impotente! ¿Creéis acaso que es con tenuzas como se arranca al espíritu humano del error?

De todo corazón aplaudimos estas generosas palabras; pero Cousin no dice todo lo que era necesario decir. Jefe de una escuela que pretende conciliar la filosofía y el cristianismo, que cree por lo menos en la paz posible entre la Iglesia y los filósofos, halaga demasiado á los verdaderos culpables. No era al parlamento y á su presidente á quienes debía condenar. Éstos eran *piadosos* magistrados, dice Cousin. Sí, eran *piadosos*, y precisamente porque lo eran llevaron la crueldad religiosa hasta un exceso de atrocidad que nos subleva. ¿Quién es el más vituperable? ¿Aquellos cuya razón está ciega, extraviada, falseada, ó aquellos que se empeñan en matar la razón desde su infancia, de manera que el hombre, privado de la luz que Dios le ha dado para guiarle á través de los duros senderos de la vida, se encuentra para siempre sumergido en las tinieblas del alma? Estos son los verdaderos verdugos que es necesario maldecir, porque matan lo que hay de divino en el hombre, el pensamiento. No habléis, pues, de una alianza entre el falso cristianismo que se ostenta á nuestros ojos y la filosofía. Ni siquiera habléis de paz ni de tregua. ¡No, guerra y guerra á muerte contra una Iglesia que, en vez de iluminar la conciencia, la vicia, que, en vez de elevar el hombre á Dios, le rebaja y embrutece!

III.—Galileo (1).

Galileo es otra víctima de la intolerancia católica. Los apologistas de la Iglesia han intentado lavar el cristianismo tradicional de esta mancha, y niegan, con su audacia habitual, que la Inquisición haya condenado jamás como falso el sistema del

(1) PANCHATI, *Galileo, su vida, sus descubrimientos y sus trabajos* (París, 1860).

movimiento de la tierra: "Nuestros incrédulos lo afirman, dice el abate Bergier, y á pesar de las pruebas irrecusables de lo contrario, lo repetirán hasta la consumación de los siglos. De esta manera trabajan nuestros filósofos en el adelantamiento de las ciencias." Respecto á fraudes religiosos, sólo cuesta trabajo el primero. Nuestro abate, y es uno de los más honrados, afirma también "que Galileo no fué perseguido como *buen astrónomo*, sino como *mal teólogo*, por haberse inmiscuido en explicar la Biblia." Bergier se atreve á añadir *que desde hace un siglo se engaña al público sobre este hecho* (1). Vamos á ver quiénes son los impostores. Supongamos por un momento que Bergier diga la verdad, y admitamos que Galileo fuese perseguido como *mal teólogo*. ¿Qué ganaría con esto el catolicismo? ¿Ha olvidado Bergier su reto lanzado á los filósofos de citar el ejemplo de un solo hombre perseguido y condenado por la Iglesia por simples opiniones. ¡Pues héle ahí confesando que Galileo fué perseguido por haberse mezclado en explicar la Biblia! ¿Es un crimen contra el orden público equivocarse en la interpretación de la Escritura? ¿Era un *sedicioso* Galileo porque creía que la Biblia podía conciliarse con el movimiento de la tierra? Porque esto es lo que él ha sostenido. El pobre viejo se retractó. Pero ¿y si no lo hubiese hecho? La Inquisición le hubiera condenado, luego le hubiera recomendado á la *indulgencia* del poder secular, y ya sabemos lo que esta indulgencia quiere decir. ¡Galileo hubiera podido tener la suerte de Bruno por el solo crimen de ser *mal teólogo*!

En nuestros días, hombres de ciencia han ayudado, sin quererlo, lo creemos así, á los apologistas de la Iglesia, deshaciendo algunos errores en las acusaciones que los libres pensadores hacen á la Inquisición, sin que todavía estén de modo alguno demostrados esos errores. Los ortodoxos se agarran á estas confesiones para clamar contra la calumnia y cantar victoria. Es cosa convenida en el campo católico que todo lo que se ha dicho de dos siglos á esta parte sobre la odiosa persecución de que fué víctima Galileo es una invención de los filósofos. Vamos á hacer constar los hechos, teniendo en cuenta los famosos descubrimientos que con tan buena fe se alegan, y nuestros lectores decidi-

(1) BERGIER, *Diccionario de teología*, palabra *Ciencias humanas*.

rán de qué lado está la calumnia. Añadamos que no conocemos la verdad entera del proceso de Galileo. Pero ¿de quién es la culpa de eso? Los documentos originales fueron llevados á París en 1798. Desde 1814, el nuncio del papa no cesó de reclamarlas un momento, y el gobierno de Luis Felipe tuvo la debilidad de ceder á estas exigencias. Rossi hizo la restitución bajo la *promesa terminante de que la corte de Roma entregaría los documentos á la publicidad*. LA PROMESA FUÉ VIOLADA. Este solo hecho condena á la Iglesia. ¿Á qué se nos habla de *verdad del proceso de Galileo*? (1). Nosotros ignoramos la verdad, y el culpable es quien la oculta. Esto autoriza todas las suposiciones, salvo aquellas que sería favorables á la corte de Roma. Los documentos publicados por los que defienden su causa propia la condenan para siempre.

Por de pronto hagamos constar la pretendida calumnia de los libres pensadores. Léese en el *Ensayo sobre las costumbres* de Voltaire: "Una congregación de teólogos, en un decreto dado en 1618, declara la opinión de Copérnico, tan oportunamente sacada á luz por el filósofo florentino, *no solamente herética en la fe, sino absurda en filosofía*. Este juicio contra una verdad demostrada después de tantas maneras es un testimonio de la fuerza de las preocupaciones, y debe enseñar á los que no tienen sino el poder á callarse cuando la filosofía habla, y á no mezclarse en decisiones sobre lo que es de su incumbencia. Galileo fué condenado después, en 1633, por el mismo tribunal á la prisión y á penitencia, y obligado á retractarse de rodillas." Tales son los hechos que el abate Bergier pretende son calumniosos. ¿Son verdaderos ó no? No hablamos de la apreciación de Voltaire, que es verdaderamente de una gran moderación. Escuchemos al sabio académico que publicó *la verdad sobre el proceso de Galileo*, y que juzga á los inquisidores con una indulgencia excesiva: "El 4 de Marzo de 1616, dice M. Biot, la congregación del Índice publicó un decreto que decía: *Que la falsa doctrina pitagórica de la movilidad de la tierra y de la inmovilidad del sol es ABSOLUTAMENTE CONTRARIA AL TEXTO DE LA ESCRITURA*." Estos son los términos textuales de la sentencia. Otro académico nos los cita en otras palabras. Según M. Libri, la Inquisi-

ción decidió que la opinión sobre el movimiento de la tierra era *falsa, absurda*, FORMALMENTE HERÉTICA Y CONTRARIA Á LA ESCRITURA" (1). Las palabras difieren en Libri, Biot y Voltaire, pero el sentido es evidentemente idéntico. Voltaire no ha calumniado, pues, á la Iglesia, y los que de tal le acusan son ellos los calumniadores.

Prosigamos. Galileo adoptó el sistema de Copérnico y lo demostró. Esto era un error de dogma, una herejía formal, si se admite, como aun sostenía Bossuet en el siglo XVII, que todo en la Escritura es revelado. Esos enemigos de Galileo, entre los que se encontraba el arzobispo de Florencia, excitaron á los dominicos á predicar contra él. Se sabe que la orden de Santo Domingo estaba encargada de las terribles funciones del Santo Oficio. Estos guardianes de la fe eran de una ignorancia tal, que no conocían ni el nombre del astrónomo alemán que acusaban de herejía. Uno de ellos escribía que la opinión de *Ipérnico* era contraria á la Escritura. Otro, más belicoso, subió al púlpito y pronunció un sermón, en que se esforzó en probar que las *matemáticas eran un arte diabólico, y que los matemáticos, como autores de todas las herejías, debían ser desterrados de todos los Estados*. ¿No es esto una prueba evidente de que el libre pensamiento y la Iglesia son incompatibles?

Se nos dirá que hacemos á la Iglesia responsable de la bestialidad de algunos monjes. Veamos lo que pasaba en Roma. El siglo XVII no era un siglo de tinieblas, y entre los cardenales se encontraba un Belarmino, el dialéctico más sabio de la Iglesia católica. ¿Y qué se pensaba en la corte del papa de los descubrimientos de Copérnico y Galileo? ¿Qué de la ciencia? La sentencia de la Inquisición de 1616 fué comunicada á Galileo, y Belarmino fué el que le juró á abandonar, bajo pena de prisión, su doctrina sobre el movimiento de la tierra. Galileo tenía un protector en el gran duque de Florencia. Escuchemos lo que el embajador toscano cerca del soberano pontífice escribía á su señor: "El cielo de Roma es muy peligroso, sobre todo bajo este papa, que *aborrece las letras y los talentos*, y que no puede sufrir ni las *novedades* ni

las novedades de las ciencias, y excusando su opinión con el texto latino: *Falsam illam doctrinam, divinam scripturam omnino adversantem, de nobilitate terre et immobilitate so is... Ne ulterius hujusmodi opinio in perniciem catholicae veritatis serpat, censuit...*"

(1) LIBRI, en el *Journal des Savants*, 1841, p. 163. Hé aquí el texto latino: *Falsam illam doctrinam, divinam scripturam omnino adversantem, de nobilitate terre et immobilitate so is... Ne ulterius hujusmodi opinio in perniciem catholicae veritatis serpat, censuit...*

(1) Bajo este título ha publicado M. Biot su trabajo sobre Galileo, en el *Journal des Savants*, 1858.

las sutilezas, de manera que *todos procuran imitarle, y los que saben algo, si tienen algún ingenio, aparentan ser unos ignorantes, para no dar sospechas y evitar ser perseguidos.* El embajador, como buen diplomático, dice que sería peligroso proteger á Galileo, que es preferible abandonar á los sabios; repite que *el papa los quiere tan poco que todos se esfuerzan en parecer ignorantes* (1).

Galileo, apasionado de la verdad, recurrió para propagarla á la astucia favorita de los filósofos italianos. Compuso un diálogo donde tres interlocutores discuten los argumentos en pro y en contra del movimiento de la tierra. Los partidarios de las ideas modernas dan razones decisivas á favor del sistema de Copérnico, pero concluyen siempre por rendirse ante los lastimosos argumentos que alega el tercer interlocutor, que defiende el sistema ortodoxo. La advertencia que precede la obra de Galileo es una ingeniosa sátira de la tontería de los monjes y cardenales: "Se ha promulgado en Roma, dice Galileo, un saludable edicto en que, para obviar á los peligrosos escándalos de nuestro siglo, se impone silencio á la opinión pitagórica del movimiento de la tierra. Ha habido gentes que se han atrevido á decir que este decreto no era resultado de un juicioso examen, sino de una pasión mal informada, y se ha oído decir que consejeros del todo inexpertos en las observaciones astronómicas no debían por una prohibición precipitada cortar las alas á los espíritus especulativos. Al oír tales quejas, mi celo no ha podido callarse... Mi deseo en esta obra ha sido mostrar á las naciones extranjeras que sobre esta materia se sabe en Italia, y particularmente en Roma, tanto como en otras partes se puede imaginar. Reuniendo todas las pesquisas sobre el sistema de Copérnico, quiero hacer saber que se le deben á Roma, no solamente dogmas para la salvación del alma, sino ingeniosos descubrimientos para delicia del espíritu," (2).

Los inquisidores se dejaron engañar por esta astucia, como en el siglo XVI los monjes tomaron en serio las *Litteræ obscurorum virorum*. Sin embargo, la burla era transparente. El nombre solo del interlocutor ortodoxo, *Simplicio*, debía haber abier-

(1) LIBRI, *Vida y trabajos de Galileo*, en la *Revue des Deux Mondes*, 1841, t. II.

(2) LIBRI, en el *Journal des Savants*, 1841, p. 167; *Revue des Deux Mondes*, 1841, t. II.

to los ojos á los *simples de espíritu* de la corte pontifical. La astucia fué fatal para Galileo. Se le hizo creer al papa que á él era al que el autor había hecho hablar bajo el nombre de Simplicio. ¡Simple el vicario infalible de Dios! Sólo este rasgo merecía la hoguera. Cuando los ungidos del Señor se apercebieron de que había sido objeto de una burla, su furor no reconoció límites, y creyeron borrar la vergüenza del ridículo con una odiosa persecución. Los jesuitas se distinguieron en esta guerra hecha á un hombre de genio. Más prudentes que los dominicanos, trabajaron en la sombra, diciendo á los personajes influyentes "que el diálogo de Galileo era más abominable y más pernicioso para la Iglesia que los escritos de Lutero y de Calvino," (1). ¿Acaso los reverendos padres no profesan hoy estas abominaciones? Los prudentes de la orden echaron en cara á Galileo su *imprudencia*, es decir, la pasión con que sostenía la verdad; hubieran querido que no la hubiese mantenido más que como hipótesis. Tal era particularmente la opinión de Belarmino (2). ¡Admiremos la buena fe de estos santos personajes! ¿Era el movimiento de la tierra una herejía? En este caso, ¿por qué el cardenal jesuita permitía defenderla á título de hipótesis? No creía, sin embargo, que fuese una herejía; ¡por consiguiente, era una verdad, y no quiere que se enseñe! ¡En Roma es preciso mentir para salvarse!

Lo curioso es que los defensores de la Iglesia comprometían su causa, y Galileo la salvaba todo lo que era posible. Léese en una carta del sabio Florentino: "Si se lograra establecer, con ayuda de los textos sagrados, que era una herejía sostener que la tierra se mueve, y la observación viniera á demostrar que se mueve, ¿en qué compromiso no se pondría á la Iglesia? Si, por el contrario, se recurre á la experiencia, la autoridad de los libros santos queda intacta, puesto que para ponerse al alcance de todos, ha atribuido á menudo á Dios mismo cualidades indignas de la divinidad. ¿Por qué queremos, pues, que hablando del sol y de la tierra no se haya conformado con la vulgar ignorancia? Decir que la tierra se mueve y que el sol queda inmóvil no es atentar en nada á la Escritura, que habla en el sentido de lo que hiere los ojos

(1) LIBRI, en el *Journal des Savants*, 1841, p. 205.

(2) BIOT, *Journal des Savants*, 1858, p. 400-403.

de la multitud. Hace bastantes años escribí muy extensamente para demostrar, conforme con la autoridad de un gran número de Padres, cuántos abusos se cometen apoyándose en los libros santos para las cuestiones naturales," (1).

Hé ahí lo que Galileo llama error teológico. Este error es hoy el tema banal de los defensores de la Iglesia. Nosotros les respondemos con los libros pensadores: "Habéis sostenido la divinidad de la escritura, con todo lo que contiene, mientras habéis tenido fuerza para ello. Después que la ciencia, según la predicción de Galileo, ha demostrado que la pretendida palabra de Dios está llena de errores de toda especie, os habéis visto obligados á batiros en retirada; pero es demasiado tarde. Bruno y Galileo salen de sus tumbas para atestiguar contra vosotros, y os recuerdan que ellos os han ofrecido esta tabla de salvación, y que la rehusasteis prefiriendo el calabozo y la hoguera. Hubiera sido preciso aceptar á tiempo el compromiso, y os habría salvado, no para siempre, porque esto es imposible, pero al menos hubiera prolongado vuestro imperio. En lugar de esto habéis dado la victoria á vuestros enemigos y os habéis perdido vosotros mismos por haber estado ciegos; y para probaros muy claramente cuánto habéis abusado del género humano, vuestro jefe, el infalible, es quien en el proceso de Galileo dió pruebas de una ignorancia y una audacia igualmente prodigiosas."

Esto es lo que vamos á establecer conforme el testimonio del sabio académico que ha publicado *la Verdad sobre el proceso de Galileo*. Herido en su vanidad, el soberano pontífice, tan ignorante como los frailes, quiso poner á cubierto su infalibilidad por medio de una censura. Urbano VIII había sido amigo de Galileo; ¡pero la verdad le interesaba más que la amistad! "Sentía, dice él, afligir á un hombre con el cual había comido muchas veces en la misma mesa; pero se trataba de la fe y de la religión." Añadid á eso la dominación. ¡Es realmente deliciosa la ignorancia de este infalible! ¡Decía que "sostener que la tierra da vueltas alrededor del sol era intervenir en la omnipotencia de Dios é imponerle condiciones!" En una entrevista con el embajador de Florencia, declaró el Santo Padre que "la opinión de Galileo era contraria á la Sa-

(1) *Diario de los sabios*, 1841, p. 20.

grada Escritura, la cual ha sido dictada *ex ore Dei*," (1). El papa no sospechaba que á fuerza de querer salvar la Biblia la comprometía juntamente con la autoridad de su infalible intérprete. Galileo tenía partidarios, y pidieron que fuera admitido á defenderse ante la Inquisición. Urbano VIII respondió con cólera que el Santo Oficio censuraba, pero que no entendía de defensas. ¡Qué justicia, gran Dios! ¡Y estos hombres se atreven á invocar tu nombre y á llamarse tus órganos! Urbano VIII añadió que "la doctrina del matemático de Florencia era perversa hasta el extremo." Cuanto más se enfada el papa, más condena una opinión que ha venido á ser una verdad vulgar, y mejor demuestra que la Sagrada Escritura y su propia autoridad no descausan más que en la credulidad humana. Hé aquí por qué la Iglesia cultiva con tanto esmero la ignorancia y la superstición. Hé aquí por qué quería matar la libertad de pensamiento; pero por más que inmole á los libres pensadores, el libre pensamiento no puede matarse. En vano pereció Bruno en la hoguera; Galileo continuó su obra.

Galileo tenía setenta años cuando fué citado ante el Santo Oficio, y debió ponerse en camino durante el invierno para verse condenado por los imbéciles ó los hipócritas que se intitulaban del Santo Oficio. Aquí comienza el capítulo de los errores y el triunfo de los defensores de la Iglesia. Créfase que Galileo había sido sujetado al tormento. Un sabio francés ha procurado probar que fué, por el contrario, tratado con mucha humanidad, gracias á la recomendación del duque de Florencia. Los descubrimientos de Mr. Biot han esparcido la alegría en el campo ultramontano, pero no hay de qué. Si la Iglesia ha hecho tan bello papel en el proceso de Galileo, tiene un medio muy fácil de cerrar la boca á sus enemigos: ¡que publique los documentos originales del proceso, como se ha comprometido! Mas en tanto que oculte la verdad, estamos autorizados á creerla culpable. ¿Qué importa, después de todo, que Galileo no haya sido atormentado? ¡Mucho se trata de eso en este escandaloso proceso! Trátase de una docena de sacerdotes, llamados cardenales y monseñores, y de ese sagrado tribunal que se atreve á citar ante sí á uno de los bienhechores de la humanidad, y tiene la imprudencia de condenarle á retractarse de la

(1) BIOT, en el *Journal des Savants*, 1858, p. 469, 548.